

COMENTARIOS

**¿*Memoria histórica* para nuestros novelistas?
Un prisma materialista hacia nuestras viejas glorias**

Pedro Guillamón Moreno

(Universidad de Murcia)

Resumen: La figura de Pío Baroja (1872-1956), gran novelista español conocido por obras suyas como *El árbol de la ciencia* o *Zalacaín el aventurero*, dejó constancia de su particular punto de vista sobre la política de su tiempo en una obra como *Comunistas, Judíos y demás ralea* (1938), testimonio inestimable de los pensamientos del autor acerca de los convulsos tiempos en los que le tocó vivir, un testimonio que debiera acabar con cualquier duda acerca de los acercamientos del guipuzcoano con una corriente política u otra.

Palabras clave: Pío Baroja, España, judíos, comunistas.

Abstract: La figura de Pío Baroja (1872-1956), gran novelista español conocido por obras suyas como *El árbol de la ciencia* o *Zalacaín el aventurero*, dejó constancia de su particular punto de vista sobre la política de su tiempo en una obra como *Comunistas, Judíos y demás ralea* (1938), testimonio inestimable de los pensamientos del autor acerca de los convulsos tiempos en los que le tocó vivir, un testimonio que debiera acabar con cualquier duda acerca de los acercamientos del guipuzcoano con una corriente política u otra.

Keywords: Pío Baroja, Spain, jewish, communists.

μετάβασις

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

«Para mí, la dictadura es el procedimiento de convertir en hechos los deseos de la mayoría del país».

«La influencia de los pueblos asiáticos y semíticos en la ciudad latina es perjudicial. [...] Introducen en la urbe de tipo europeo la neurosis, el malestar y el descontento...»

«Cualquiera diría que ese comunismo está dirigido por maestros de escuela despechados y por judíos rencorosos. Estas invenciones no pueden servir más que para producir la risa y la burla de todo el mundo y levantar a gente torpe y cerril que intente erguirse sobre los demás adulando a los sentimientos más vahos y vulgares de las masas».

Si escuchamos el nombre de **Pío Baroja** no resulta extraño que vengan a nuestro pensamiento títulos de tal magnitud como *El árbol de la ciencia*, *Camino de perfección* o *Zalacaín el aventurero*; de una forma u otra, el escritor y sus creaciones —que gozaron de todo prestigio en la España de los siglos XIX y XX— son invitados asiduos en cualquier aula de bachillerato, faculta de letras o discusiones literarias tanto del presente, como del ayer.

Sin embargo y, a pesar de lo paradójico, no todas sus creaciones son igualmente conocidas. De hecho, las líneas que siguen versarán y, en un intento inevitablemente incendiario, analizarán desde nuestro tiempo una de sus obras más ocultas: *Comunistas, judíos y demás ralea*, obra que vio la luz en el año 1938 dato que hará —junto con el título— que inevitablemente más de uno enarque una ceja.

Las citas con las que se iniciaba la lectura del presente artículo serían dignas de enmarcar —según el tiempo o el lugar— en letras de oro o archivos de vergüenza. La pluma que las concibió respondía a un nombre por todos conocido, aunque al tratar de resolver el enigma detrás de su autoría podrían venirnos a la mente apellidos austríacos, itálicos, alemanes o —y perdonen— ingleses.

Aquellos nombres y aquellos rostros en blanco y negro a los que la historia ha envuelto en un halo de leyenda y maldición por causas más que conocidas y justificadas por la mayoría pensante de eso que llamamos Occidente, pero de pensar así estaríamos equivocados, muy equivocados. Y rara vez se nos ocurriría incluir a nuestro Pío Baroja entre semejantes personalidades tan condenadas al ostracismo por el resto de los tiempos.

Acometer la tarea de analizar —desde nuestro tiempo— una de las obras más ocultadas —accidentalmente o no— de uno de los autores, paradójicamente, con más renombre en la literatura española resulta curiosamente necesario cuando uno comprueba, en efecto, lo selecta que puede ser la *memoria histórica* del pueblo español.

En los tiempos que nos ha tocado vivir la literatura ha caído en monopolios universitarios donde la última palabra recae en el rector de turno, y aun cuando no pretendamos hacer de esto una crítica al academicismo en lo más mínimo, tal vez resulte interesante diseccionar un fenómeno tan selectamente apartado de la educación actual.

Es en estos entornos donde uno ha escuchado del escritor que nos referimos aquello de que era un «*anti-todo*» o que llegaba a tener «*simpatías anarquistas*» como bien podría verse en la adhesión tardía que la izquierda posmoderna española ha hecho de este autor. Vivir para ver.

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

El mero nombre **Pío Baroja (1872-1956)** resulta carta de presentación sobresaliente para conocer de quién estamos hablando. Aunque igual de demoledora es la simple mención de la obra que nos ocupa. ***Comunistas, Judíos y demás ralea (1938)*** es un testimonio inestimable de los pensamientos del autor acerca de los convulsos tiempos en los que le tocó vivir, un testimonio que debiera acabar con cualquier duda acerca de los acercamientos del guipuzcoano con una corriente u otra, dispensando a los catedráticos.

Pareciera sencillo, a primera vista, enmarcar a Baroja dentro del amplio cómputo de escritores fascistas, los cuales más tarde fueron cayendo en la amplia *nada* de la que quizá no vuelvan a salir, pues o se les olvidó o el mundo pareció hallar un pacto de silencio —ya entrados en tiempos *demócratas*— para obviar así el hecho de que estas figuras de las letras habían coqueteado con tal o cual régimen; con Baroja, les adelantamos, acontece lo segundo.

Si bien desde aquí no trataremos a la *historia* como un banquillo desde el que enjuiciar bajo la moral de nuestro siglo a las diferentes figuras que por ella han pasado, no podemos sino preguntarnos cuán profundamente conocemos en realidad a un autor que, cuanto menos, ha formado parte de ese Olimpo letrado en el que hasta nuestros días comparten café y penas otros grandes por mérito propio como **Galdós, Maeztu, Clarín, Bazán o Unamuno**.

Si algo ha quedado en la herencia de los seguidores de **Gustavo Bueno** como principio primordial —o punto de partida del Materialismo Filosófico— es aquello de que «*Pensar es pensar contra alguien*», aunque quizá, en este caso, resulte más acertado aquello de «*Escribir es escribir contra alguien*».

Por tal principio no podemos caer en el argumento —con aroma a mala excusa— que autores como el propio **Cela** hicieron de esta publicación de Pío Baroja, al que se referían como un «*viejo asustado, que temía lo que le podía pasar si no seguía las corrientes imperantes*», nada más lejos de la realidad.

Con ánimo de no caer en el psicologismo posmoderno o de no reducirlo todo al, en ocasiones absurdo, prisma de los estudios deconstructivistas, pasaremos ahora a hacer una misión de reconocimiento *materialista* sobre esta edición que, no sin dificultad, sigue estando a disposición del público. Veamos, pues, qué pueden el tiempo y sus coetáneos contarnos sobre Baroja y, ante todo, qué tenía que decir de sí mismo el autor guipuzcoano.

Si nos fijamos en la edición actual, llama poderosamente la atención —aunque solo sea en un registro que mezcle lo anecdótico con lo sarcástico— la procedencia de la misma: la **Librería Europa** de Barcelona. ¿Recuerdan ustedes aquella película que vio la luz hará ya tres lustros, ***Diario de un Skin***, donde sin demasiado disimulo representaban la misma librería? Por ahí han de ir los tiros.

Y es que a pesar de la disonancia situacional —estando la película ambientada en el entorno de los Ultras Sur de Madrid y la librería *real* en Barcelona—, este negocio, propiedad del escritor Pedro Varela, no suscitó pocas polémicas desde su apertura a inicios de la década del noventa.

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

Los diversos actos vandálicos hacia el establecimiento de Varela llevan ocupando crónicas durante algo más de dos décadas, pues se considera a este lugar un nicho de traducción, reproducción y, por supuesto, difusión de obras abiertamente *nazis*; las continuas denuncias, arrestos y condenas hacia el mismo Varela, por otro lado, también han ocupado su espacio en no pocos medios.

No tratamos, como hemos aclarado previamente, de elucubrar cuentos sobre monstruos que se esconden en el armario, y por ello evitaremos el maniqueísmo de llamar a cualquier cosa ese *nazi* que, como epíteto, parece emplearse en la actualidad española tanto como los de *facha* o *progre*, a menudo en conversaciones cuyo nivel iguala, con suerte, el de la barra de algún bar.

Así pues, nadie debería escandalizarse cuando llamemos *literatura nazi* a lo que hayan podido publicar David Irving, el propio Pedro Varela o un tal Adolf Hitler. El hecho de que nuestro autor, Baroja, comparta estantería y admiración por la que fue la clientela de la librería *Europa* es, como hemos comentado, una suerte de preliminar gracioso que, la verdad por delante, no sentencia nada ni es motivo para asunciones premeditadas. Hará falta visitar otros puertos antes de maldecir este mar.

Sin embargo, más allá de la edición que encontramos en nuestros tiempos, es realmente la edición de los días de Baroja sobre la que recae todo el peso a la hora de evaluar el trabajo del escritor en cuanto a su divagación político-filosófica.

En esta obra no hallaremos menor cantidad de guiños para con aquellas polémicas corrientes políticas de la primera mitad del siglo XX, aunque, por su evidencia, no hará falta explayarse demasiado sobre si su naturaleza es nacional católica, fascista, nacional socialista o no.

Esta primera edición de la que hablamos (sirviéndonos de gran ayuda el imprescindible *Historia de la literatura fascista española* de Julio Rodríguez Puértolas para este bagaje de referencias *metatextuales*) se publicó acompañado nada menos que por un prólogo extraído la revista de las JONS en un número del año del 34 (Rodríguez Puértolas, J., 2008).

El prologuista, **Ernesto Giménez Caballero** (1899-1988) es otra de esas viejas glorias del régimen que han pasado a mejor vida en más de un sentido: aclamado introductor del fascismo en nuestro país, su prolífica obra es un testimonio —ahora desplazado— del vanguardismo español y su heterogeneidad en el sentido estrictamente político.

Miembro militante de las JONS y de Falange, Giménez Caballero sería el responsable de otorgar el polémico mérito de ser *precursor del fascismo español* al autor que nos ocupa. Baroja, por su parte, declararía tiempo después que se trataba de un «*título algo detonante, que no puse yo*». La admiración de Giménez Caballero por corrientes como el *futurismo* de **Marinetti** y las inclinaciones políticas del propio italiano no dejan de poner en relieve que, en efecto, el fascismo no era una presencia poco habitual entre los círculos de la bohemia intelectual europea durante el primer tercio de siglo.

Pero este hecho, como *deberíamos* de saber, no es algo nuevo, los elogios al *Duce* de Ezra Pound o aquella carta ofreciendo sus servicios como informador de cierto premio Nobel patrio han estado ahí durante ya casi un siglo; no obstante, o las masas han olvidado, o han decidido fingir que así lo

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

han hecho. Las universidades, desde luego, no han creído dignos de mención consistente estos *detalles insignificantes*.

Es cuanto menos complicado dirimir si estamos ante un fenómeno positivo o no cuando la paradójica *memoria histórica* llama a revivir el pasado con fuerza definitoria y, no en balde, hemos visto la censura y el desplazamiento de numerosos escritores que —consagrados durante décadas— se ven condenados ahora a un ostracismo tardío cuando el público, o aquellos que deciden lo que ha de pensar el público, sentenció que aquel pasado chocante no concordaba con nuestra creciente corrección política.

Esconder una fracción del autor para proteger al resto parecerá a muchos un pequeño precio a pagar. Desde aquí remitiremos que, de nuevo, no pretendemos hacer juicio de valores, y sí dirimir si Baroja fue fascista solo en boca de aquellos fascistas que deseaban granjearse la reputación del autor o si, por el contrario, estamos ante un autor de inclinaciones políticas que nuestro país, tan ciego como el que no quiere ver, ha decidido obviar.

Por último, antes de encaminarnos a una disección de las ideas más interesantes y/o reveladoras que el guipuzcoano nos ofrece con esta lectura, analizaremos las palabras que Giménez Caballero vio a bien disponer a la hora de prologar este polémico compendio:

Comienza esgrimiendo el innegable intercambio cultural entre nuestro país y esa idea de una *Roma imperial*, latina, mediterránea, sirviéndose de ejemplos que dirigen la vista hacia las distintas etapas históricas y verdaderos gigantes de las letras hispanas: **Alfonso X, Gonzalo de Berceo, Antonio Nebrija, Gil Vicente, Garcilaso, Góngora, Quevedo o Cervantes**, entre otros.

Pone de relieve, frente a estos autores, el desapego que se produce entre nuestro país y la capital católica durante el racionalismo del XVII y el liberalismo del XVIII, donde llega a asombrarse de la negatividad con la que Pérez Galdós pudo enjuiciar la constitución italiana.

Es aquí donde el prologuista introduce la literatura del primer cuarto del siglo XX en España, y es aquí también donde aparece por fin Baroja, enjuiciado —o laureado— por Giménez como un representante de los últimos estertores del Romanticismo español que posaron sus miras hacia Francia en un principio, tomando poco después un sesgo más *a la inglesa* pero, finalmente, concluyendo hacia lo que él llama un *cientifismo alemán*.

Citando a Giménez: *Todos los hombres-índice de tal época buscaban sus antecedentes rubios, sentimentales, arios, antiafricanos y antirrománicos. Baroja fue uno de los más significativos de esta búsqueda [...] se complacía de que, en Valladolid, cuando estudiante, le tomasen por extranjero al ver su pelo rojizo. Baroja se afanó, como ningún otro vasco, en indagar en el fondo pagano y antirromano de su raza vasca, de la raza de Jaun de Alzate [...] en las puertas de su casa y en las solapas de su chaqueta se colgó una esvástica, una cruz gamada, mucho antes de que Hitler la hiciese emblema del racismo alemán. Hoy esa cruz gamada es el símbolo del país vasco. ¡Pío Baroja, entronizador del sagrado racismo en España, del fascismo alemán! [...] su exaltación del fascismo romano, esto es, del verdadero Fascismo, estaba ya antes de que el propio Mussolini lo inventara. Hacia los años 1909 a 1910...* (Giménez Caballero, E., 1938, 10-5).

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

Si cometemos el error de tomar a pies juntillas el manifiesto de Giménez, pocas dudas cabrían a la hora de encasillar a Baroja, cuanto menos, de difusor y afiliado intelectual del fascismo o el *protofascismo* para el que la Europa de la época estaba sirviendo como campo de cultivo.

No obstante, el propio Giménez reconoce que el idealismo barojiano deviene de motivos muy anteriores a Hitler o al partido fascista italiano, y es por esto que, aunque todas las circunstancias que rodeen a la obra y al autor parezcan arrojar a gritos la proclamación de esta nueva derecha, reservaremos el veredicto y la conclusión para responder en base a lo que el propio autor tenga que arrojar en esta obra que, como vemos, el ala *filofascista* española aupó sobremanera, anexionando —voluntariamente o no— al guipuzcoano entre sus filas.

En un sentido amplio, los artículos barojianos aquí presentes reflexionan en su mayoría sobre la situación política en Europa en general y en España en particular. Será interesante aglutinar en una suerte de *temáticas* estos variopintos artículos que quizá ayuden a esclarecer las posiciones de nuestro hombre sobre tal o cual materia.

SOBRE EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y DIALÉCTICO; LA URRS Y LA IZQUIERDA ESPAÑOLA.

No cuesta encontrar, nada más iniciados en la lectura, continuas críticas de Baroja hacia el comunismo imperante en la Rusia que, a menudo, mezcla con sus declaraciones abiertamente antisemitas que requerirán su propio apartado más adelante.

La visión del guipuzcoano sobre la sociedad soviética —que no había tenido ocasión de visitar— poco tiene que envidiarle en esencia a esa caricatura orwelliana que el autor de *Rebelión en la Granja* o *1984* ofrecía del stalinismo.

Bajo la denominación de *ciudad-imán*, término que parece hacer énfasis en el movimiento demográfico ruso del campo a las ciudades, Baroja parece desdeñar el modelo de vida soviético, cayendo a menudo en una ficción comprobable en las siguientes líneas:

«Muchas veces uno supone si la Rusia soviética estará sometida a un régimen de pedantería, inspirado por maestros de escuela» (Baroja, P., 1993, 14).

«En la ciudad imán (soviética), en vez de tocar la campana para marcar las faenas del día el reverendo padre o el fámulo jesuítico, la tocará un judío discípulo de Karl Marx». (Baroja, P., 1993, 16).

Su negación del comunismo por motivos que se sustentan más en el racismo que en la dialéctica racional es evidente; del mismo modo, muestra un desprecio aparente hacia los educadores —soviéticos y españoles—, aun cuando, no en balde, Baroja había sido un férreo crítico del academicismo, dato comprobable tan solo con una lectura de *El árbol de la ciencia*. Complacientemente, aquí, no dispone de esos prejuicios.

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

La opinión que merece Baroja de la denominada izquierda de la España de su tiempo no escapa, de nuevo, del desprecio y la censura, de nuevo allanando más el terreno de lo personal y lo psicologista antes que emprender la vía de la argumentación.

«Azaña, Alcalá Zamora, Jiménez Asúa, Hilario Ayuso, Fernando Varela, Bugeda... todos divos o aspirantes a divos. Para ellos y para sus amigos lo adjetivo eran los hechos, lo sustantivo, la retórica» (Baroja, P., 1993, 40).

«Socialismo y comunismo, por ahora, en ninguna parte han producido grandes beneficios. La mayoría de las concepciones del socialismo son ilusorias. Ni los socialistas ni nadie pueden sacar de la nada una sociedad nueva a fuerza de decretos» (Baroja, P., 1993, 38).

Si bien nadie puede —desde una posición meramente moral— criticar a Baroja su evidente anticomunismo, cabría plantear esta evidencia primeriza como inicio de lo que vendrá después, pues no son pocos los escritores anticomunistas de nuestra España, indiferentemente de si luego apoyaron o no el alzamiento de julio de 1936 (Véase a Unamuno).

Pero nada —o casi nada— habría requerido ser ocultado bajo un velo de desinformación sobre la figura de Baroja si hasta aquí llegaron sus diatribas personalistas, continuemos.

SOBRE EL SEMITISMO, LA IDEA DE MULTICULTURALIDAD Y LOS JUDÍOS EUROPEOS.

En el primer párrafo que Baroja decidió incluir en esta publicación nos encontramos con unos párrafos que nada envidian a los escritos de cierto pintor austriaco, pero Baroja, desde luego, no frenó en ese rechazo a la multiculturalidad que empezaba a darse en las ciudades de la vieja Europa sus ataques al que luego sería el pueblo de Israel:

«El judío, como decimos, no es una raza pura de origen [...] Se dice que hay en la judía una influencia armería, otra de los amorreos y la de un pueblo desaparecido hace muchísimos años, el Hetita, que dejó a los judíos la forma de su nariz» (Baroja, P., 1993, 32).

Pareciera, desde luego, que Baroja es un tratadista que, con teorías propias de la frenología, intentase marcar las características o la psicología de un *pueblo* en base a las dimensiones o formas craneales típicas del mismo pueblo. Esta *pseudociencia* que mencionamos, como sabemos, no les era extraña a los nazis a la hora de examinar los rasgos que hacían tan *superior* a la raza aria.

La idea de las razas y la Europa de los pueblos, devenida del idealismo alemán y en clara consonancia con las propugnas de Adolf Hitler, es una invitada asidua a las críticas que hace Baroja en estas páginas; su análisis de los judíos como un pueblo estático, unitario y que no se mezcla con los entornos o naciones en los que dan a parar no puede sino recordarnos otras páginas de una publicación como *Mein Kampf*.

Continúa Baroja asiendo esta idea al referirse a la diferencia entre los *judíos asquenazíes* y los *sefardíes*, términos ya anacrónicos en la época de Baroja que parecen ignorar elementos clave en la

μετάβασις

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

ecuación: la práctica el mestizaje o la inexistencia en aquel momento de un Estado propiamente judío como es hoy el de Israel.

«Los askenazin son hoy la avanzadilla del comunismo.

Los askenazin han estado siempre al margen del cristianismo considerándose demasiado insignificantes para entrar en él.

Los judíos han pretendido siempre estar separados de los demás pueblos [...] han sentido siempre demasiado amor al poder para tener afición a la ciencia o al arte. Lo objetivo no les ha interesado, al menos hasta ahora.

El judío habla mucho de la fraternidad humana, pero siempre ha mostrado odio por el extranjero y ha manifestado cierta doblez» (Baroja, P., 1993, 33-4).

No tenemos constancia de que Baroja desconociese o no las vidas y aportaciones de individuos como **Baruch Spinoza**, su coetáneo **Albert Einstein** o el ya fallecido por aquellos días **Modigliani**. Lo que sí podemos asegurar es que las excepciones no hacen la regla, aun cuando aquí podamos servirnos de la propia vida de Spinoza, heredero de Cervantes y defensor del hispanismo, para ejemplificar la doble moral presente en tales líneas concebidas en la pluma barojiana.

La congregación del *Talmud Torá* que exiliaría a Spinoza del *ghetto* judío de Ámsterdam —judíos asquenazíes, diría Baroja— no tenía su razón de ser en otra cosa que no fuese la persecución de los herejes por parte del protestantismo luterano germanófilo que, por otro lado, Pío parecía defender con declarada admiración.

La obra de Spinoza sería una innovación impropia en su tiempo, pero volviendo a aquello de *«Escribir es escribir contra alguien»* se hace tentativa una dosis de historia-ficción donde nos planteemos hasta dónde habría llegado Spinoza de haber tenido detrás de sí, digamos, al imperio francés o al inglés; imperios que posteriormente auparon a sus Descartes y a sus Hume hasta el altar que ocupan hoy día en todas nuestras facultades.

La visión de Baroja sobre los judíos queda reflejada aquí como una idealización xenófoba que omite los materiales primogénicos de la historia, la filosofía, la antropología o la propia religión. Un idealismo que basa, ya desde sus novelas, la dialéctica europea sobre la inexistente lucha entre esa raza semítica, traicionera y cobarde, y esa raza ibera —también llamada aria— valerosa y trascendente.

SOBRE LA ALEMANIA DE HITLER, EL NAZISMO, LA SUPREMACÍA DE LA RAZA ARIA Y DEMÁS.

Como ya señalábamos en un inicio, creer a pies juntillas la palabra de Giménez Caballero nos haría tomar a Baroja por, cuanto menos, un entusiasmado del nacional socialismo alemán y el fascismo italiano, que compartía sus símbolos y, como vamos comprobando, ideologías.

Al contrario que sucedía con Rusia, Baroja sí que visitó Alemania en varias ocasiones, pequeñas visitas que *nuestro hombre* no desaprovecha a la hora de mencionar aquí su aparente admiración por la administración hitleriana y el nuevo estado alemán:

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

«Yo he estado un momento en Alemania, únicamente en pueblos próximos a Suiza. Suiza produce una impresión de orden, de confort y arreglo, llegando a Francia. La Alemania actual la produce mayor. Todo está hecho allí para el pueblo y, naturalmente, el pueblo está entusiasmado con un régimen de esa clase, que le va sacando del pantano en donde estaba hundido por la guerra mundial. [...] Aquello es la República de Platón, con la absorción del individuo por el Estado. Es Esparta idealizada» (Baroja, P., 1993, 42).

La exaltación de la Esparta frente a la Atenas platónica no es una invención barojiana, esta procede ya de las bases dogmáticas más básicas del fascismo italiano.

Al oír el orden y la pureza del que tanto dice contentarse Baroja debemos confirmar que no, en efecto, Auschwitz no existía —con el significado que hoy le atribuiríamos— en esta fecha.

Pero resulta que, contrariamente a la creencia de las masas, no haría falta que los alemanes erigieran tal campo de concentración en la Polonia ocupada para que comenzase aquel apabullante episodio de la historia europea que viene a ser **el Holocausto**. Porque no, Auschwitz no existía, pero sí lo hacían **Dachau** —activa desde 1933 hasta el mismo mes en el que concluyó la guerra—, instalación de trabajo en la que se estiman, oficialmente, algo más de 30.000 muertos, y esta tan solo fue una nota más en una extensa lista en la que seguirían nombres como **Buchenwald** o **Sachsenhausen**.

Con tales denominaciones señalamos a aquellos campos que, en la *confortable* Alemania de Baroja, ya operaban desde hacía meses o años para con la publicación de este compendio de artículos; instalaciones a las que fueron a parar por prácticas que iban mucho más allá de las delictivas decenas de miles de ciudadanos alemanes por cuestiones que tenían más que ver con lo étnico, lo racial o lo religioso.

La defensa, en pocas palabras, de esa *raza ibera* (o aria) frente a la decadente *raza semita*, idea que ya venía de atrás en Baroja, presente y contrastable, de nuevo, en las páginas de su novela *El árbol de la ciencia*. ¿Por qué debería asombrar ahora a ningún lector de Baroja su abierta defensa de una Alemania como la de Hitler, con campos de concentración operando libremente?

Aunque se quisiera desvincular a Baroja del nacionalsocialismo, como no en vano intentó hacer el propio autor *a posteriori*, justificándose en un antisemitismo *inofensivo*, otras ideas del autor nos sirven para profundizar en esos elogios (a día de hoy vistos como acusaciones) que le dedicaba el prologuista de las JONS al guipuzcoano:

*«El milagro de Alemania yo lo he podido advertir. La cruz esvástica (**Haken-Kreuz**) era un signo antisemita que llevaban como dije algunos chiflados. A mí me regalaron una que aún guardo. Han pasado años, y el país y el hombre se han levantado de una manera maravillosa. La cruz esvástica, que era dije, se ha convertido en algo gigantesco y aplastante.*

El esfuerzo del hombre puede hacer cosas extraordinarias. El triunfo de Franco, al comienzo de este Movimiento, parecía imposible por lo escaso de los medios y, sin embargo, el triunfo ya viene» (Baroja, P., 1993, 42).

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

En lo que pareciera una excusa premeditada en las primeras líneas, Baroja no deja de admitir su admiración por el símbolo indoeuropeo que —adoptado por el **NSDAP**— adquirió la simbología que conocemos de sobra en nuestros tiempos.

Más allá, Baroja enlaza de forma clarividente las posturas y tomas de poder de Adolf Hitler y Francisco Franco. Lo leemos incluso tratando como una especie de Hitler español —ibero para Baroja— al que gobernaría España las cuatro décadas posteriores.

La *biocenosis* con la que Gustavo Bueno definiría a Europa llegó, en efecto, en la mente de Hitler —o en la del propio Baroja— a una hipérbole esencial con la persecución sistemática de las sociedades étnicas ajenas al canon idealista que se estableció en el *III Reich*: «¿Cuál es el tipo de unidad de la Europa realmente existente? Quizá la respuesta más ajustada fuera la siguiente: la unidad de la Europa realmente existente es la unidad propia de una comunidad, [...] en el sentido que toma en Ecología biológica, como equivalente al término de “biocenosis”» (Bueno, G., 1999, 405).

Llegados a este punto, negar la afiliación o interconexión evidente entre nuestro autor y las corrientes de esta nueva derecha es no querer leer o no querer conocer la verdad ni los materiales; es vivir omitiendo la heterogénea realidad que rodeó las vidas de muchas de las figuras que nuestro Estado ha elevado a lo más parecido que encontraremos a la *inmortalidad*.

SOBRE LA REPÚBLICA, LA CONSTITUCIÓN, EL VOTO FEMENINO Y LOS ANARQUISTAS.

Como broche final y remitiéndonos a afirmaciones de la segunda parte del compendio barojiano, pondremos especial atención en dos artículos que resultan altamente ilustrativos.

Aunque, en vísperas de los defensores que surgirán incrédulos, el deber de cualquier lector crítico que, a día de hoy —escasos los lectores y sobrepobladas las críticas—, desee contrastar estos datos tiene a su disposición el testimonio imperecedero del propio Baroja. En esta ocasión nos fijaremos en su “**Artículo XXVII**”, titulado *Reformas que no nos convienen*:

«Este congreso ha asegurado que somos una República de trabajadores, ha dado el voto a la mujer, el divorcio y la secularización de los cementerios. Todo esto, la verdad, nos interesa tan poco, que a la mayoría nos deja indiferentes. Con la constitución pasa lo mismo. Nadie cree en ella» (Baroja, P., 1993, 97).

¿No resulta curioso que, censurados personajes de nuestra historia como **Ramiro de Maeztu** por sus inclinaciones políticas, nuestra democracia mantenga en su pedestal a nuestro Pío Baroja? *El pensamiento Alicia* del que Gustavo Bueno gustaba referirse para definir el naufragio ideológico de la presidencia de **Rodríguez Zapatero** parece tener, cuanto menos, más capas de profundidad de las que pensábamos (Bueno, G., 2006).

El *krausismo* del que devendría ese *pensamiento Alicia* objeto de las reflexiones de Bueno ya imperaba en tiempos de Baroja, aunque poco podría saber el autor que serían los herederos de estos

μετάβasis

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

krausistas, rivales en su tiempo del guipuzcoano, los que acometerían la peligrosa práctica de *la memoria histórica selectiva* que, a día de hoy, permite al español medio no tener la más mínima idea de quién fue realmente Baroja.

Para mayor paradoja, podemos recordar que las obras de Maeztu emanaban un ideal claramente antirracista que en nada empañaba su defensa de la hispanidad. No obstante, la obra de Baroja no solo juega a la insinuación o a la duda sino que se regocija en su propaganda racista, tan acorde a las corrientes imperantes en la Italia del *fascio* o en el Tercer Reich.

Por otro lado, en relación a aquellas supuestas *ínfulas anarquistas* que hemos podido oír en *bocas académicas* refiriéndose a Baroja, aquella imagen del *anti-todo* que desbocaba en sus críticas golpes y trituraciones hacia todas las corrientes que pasaron por su tiempo tal vez deberíamos replicar:

¿DÓNDE ESTÁN SUS CRÍTICAS A ADOLF HITLER, BENITO MUSSOLINI, EL ALZAMIENTO NACIONAL DEL 36 O EL MOVIMIENTO JONS/FAI?

Desde luego, difícil se presenta la tarea de encontrar las críticas al nazismo o al fascismo en la obra de Baroja, pues estas no están documentadas en material alguno.

Más allá de leves dejes de protesta ante lo que él englobaba como *conservadurismo* en sus novelas no hallaremos nada; en sus materiales periodístico-ensayísticos, como comprobamos, no expresa el autor tal *imparcialidad* a la hora de triturar las posiciones políticas que se enfrentarían a muerte poco después en la Segunda Guerra Mundial contra ese comunismo y esas democracias occidentales que tanto desprecio despertaban en su pluma.

«Respecto a los anarquistas, creía yo que tendrían cierta lejana simpatía por la parte individualista de lo que yo había escrito, pero no. Se mostraban tan hostiles como los demás.» (Baroja, P., 1993, 27).

Baroja tacharía de utópico, idealista y alejado de la realidad al comunismo soviético y al anarquismo; no encontraría, por el contrario, tal idealismo o incoherencia material en el nacional socialismo, en la biocenosis comprendida como la depredación de una etnia sobre la otra. En un imperio depredador como el Reich alemán encontraría nuestro hombre un punto de esperanza para esta Europa hegemónica.

En conclusión, reconocer en Baroja a un autor fascista es una realidad tan operatoria que su negación en base a preferencias o idealizaciones es, cuanto menos, descabellada y cuanto más, ridícula.

Pío Baroja mostró, en repetidas ocasiones, sus colores, reveló sus inclinaciones filosóficas y políticas, colaborando más a la convicción de esa lectura nazi de Nietzsche que tantas discusiones han ocupado y sigue ocupando en las aulas; de hecho, sabemos que el alemán era uno de los autores de cabecera del guipuzcoano.

Si bien no hallamos aquí delito que juzgar o tribunal que a ello se ofrezca, podríamos lanzar al aire la pregunta acerca del lugar que puede tener Baroja en una España como la del siglo XXI, donde los

μετάβασις

Mas allá de la serie (μετάβασις εις ἄλλο γένος)

fantasmas del pasado despiertan al grito de memoria histórica y nombres como el de Maeztu se retiran de institutos y calles por el acercamiento de dicho autor al movimiento nacional; aun cuando Maeztu moriría represaliado por el bando republicano y Baroja, veinte años después, en la comodidad de su casa madrileña.

Pío Baroja enriqueció tremendamente el mundo de las letras hispánicas, su aportación a aquella concepción de *cultura* que tanto puso en duda Gustavo Bueno es innegable; no obstante, venerado como olímpico en el panteón de la literatura española tal y como está ahora, cabe cuestionarse su papel como referente en una España que se define a sí misma como *social y democrática*, donde la corrección política se ha vuelto requisito indispensable y los deslices de algo como un *tweet* pueden suponer la caída en desgracia de uno de nuestros políticos.

Siendo esto así, ¿dónde se sitúa la obra *Comunistas, Judíos y demás ralea* en el paradigma español de la literatura de comienzos del XX? ¿Acaso cabe fingir que su producción no se hiciera jamás? ¿Por qué no la vemos exhibida en cualquier librería de lance como sí lo hacemos, por ejemplo, con los artículos de nuestro Mariano José de Larra? ¿Qué vara de medir usaría la gran masa de conocer el todo y no las partes de uno de sus autores consagrados?

Probablemente ninguna, pues en España se lee poco —alrededor de un 40% de la población evita esta actividad casi en su totalidad— y lo poco que se lee fuera de las universidades no suelen ser las novelas Baroja a día de hoy, desde luego.

Pero queden aquí los testimonios de lo que parece ser un fragmento sesgado de la historia de uno *de nuestros grandes*. Porque de igual forma que merece sus estantes en toda librería hispana que se precie, también merece nuestra cultura y nuestra memoria el retener algunos de los hechos menos explotados de nuestra historia, detalles con los que el adjetivo *insignificantes* no casa, por mucho que se esfuercen algunos catedráticos o nuestros ministerios de *cultura*...

En un aristotelismo gratuito podríamos coincidir en que podemos ser amigos de nuestras corrientes, de nuestros ídolos y convicciones, podemos ser amigos de Baroja, pero ante todo deberíamos ser amigos de la verdad.

Y, por supuesto, es de deber un agradecimiento a **José Manuel Rodríguez Pardo** y la revista *Metábasιs: Más Allá de la Serie* por ofrecerse como soporte canalizador de estas reflexiones barojianas —así diría Pardo— que con total seguridad no hallarían la misma benevolencia (u hospitalidad) en un buen número de los círculos *académicos* de estos, nuestros tiempos.

BIBLIOGRAFÍA CITADA.

- Baroja, P. (1993). *Comunistas, judíos y demás ralea*. Barcelona: Librería Europa.
Bueno, G. (1999). *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial.
Bueno, G., (2006). *Zapatero y el Pensamiento Alicia*. Madrid: Temas de Hoy.
Giménez Caballero, E. (1938). *Prologo a Comunistas, Rojos y demás ralea*, 10-5.
Rodríguez Puértolas, J., (2008). *Historia de la literatura fascista española*. Madrid: Akal.